



*André Gide*

Los falsificadores  
de moneda

Aquello que el hombre tiene más profundo, es su piel. El Nobel francés escribió *Les faux-monnayeurs* en 1925 rompiendo por completo la línea narrativa tan tradicional en la novela francesa y creando una de las obras maestras del siglo pasado en la literatura mundial. Es una historia compleja, con varios narradores, que vienen y van, incluyendo el mismo autor que de vez en cuando admite verse impresionado (o desilusionado) por sus personajes. Los falsificadores de moneda narra las situaciones de dos alumnos que terminan sus estudios de Bachillerato: Bernard, que se da cuenta que su padre no es su verdadero progenitor huyendo entonces de su hogar; y Olivier, un joven tímido y aspirante a literato, que quiere impresionar a su tío Edouard, que ya es un escritor de renombre. El tío es de hecho uno de los principales narradores de la historia y quizás quien la escribe (o una versión de ella). Bernard y Olivier son compañeros de colegio, los dos juiciosos, pero con caracteres diferentes: Bernard es atrevido; Olivier es tímido pero talentoso. Bernard le arrebató a Olivier el tutelaje de su tío, Bernard entra casi por despecho a tomar la dirección de una revista literaria financiada por un *dandy*. El resto es tarea del lector de descubrirlo. La novela tiene varias tramas, siendo lo más extraño, que todas están filialmente vinculadas. Es como si los dos amigos y sus familias terminaran todos enmarañados entre ellos, al igual que sus narradores. Quizás la novela era una respuesta literata a la corriente del Cubismo que Picasso comenzaba a desarrollar por esos tiempos. Aunque la novela no es completamente fácil, sus tramas son directas, convincentes y emocionantes. Gide es brillante y varias páginas del texto de quien escribe estas reseñas, terminaron subrayadas: La carencia más lamentable, la de carácter, está siempre escondida y no se revela que cuando uno la necesita. Para alguien que ame la buena

literatura y quiera conocerla en todas sus formas, este libro es una muy buena recomendación.

A Roger Martin du Gard  
dedico esta primera novela mía  
en testimonio de ferviente amistad.

A. G.

## PRIMERA PARTE PARÍS

## I

«Buen momento para pensar que estoy oyendo a alguien andar por el pasillo», se dijo Bernard. Alzó la cabeza y aguzó el oído. Pero no: su padre y su hermano mayor tenían cosas que hacer en el Palacio de Justicia; su madre había ido de visita y su hermana, a un concierto; en cuanto al pequeño, Caloub, se encerraba a diario en una academia cuando salía del liceo. Bernard Profitendieu se había quedado en casa para empollar el examen final de bachillerato; solo le quedaban ya tres semanas por delante. La familia respetaba ese aislamiento; el diablo, no. Bernard se había quitado la chaqueta, pero se estaba asfixiando. Por la ventana abierta, que daba a la calle, solo entraba calor. El sudor le chorreaba desde la frente, y una gota le resbaló por la nariz y fue a dar a una carta que tenía en la mano.

«Me hace las veces de lágrima —pensó—. Pero más vale sudar que llorar».

Sí, la fecha era categórica. No había duda posible: se trataba de él, desde luego, de Bernard. La carta iba dirigida a su madre; una carta de amor de hacía diecisiete años, y sin firma.

«¿Qué querrá decir esta inicial? Una V, que también podría ser una N... ¿Sería procedente que le preguntase a mi madre?... Fiémonos de su buen gusto. Soy muy dueño de suponer que es un príncipe... ¡Menuda gracia si me enterase de que soy hijo de un rústico! No saber quién es el padre de uno: lo ideal para curarse del temor a parecersele. Toda investigación crea obligaciones. Saquemos de este acontecimiento solo la liberación. Mejor no ahondar. Y además por hoy ya voy más que servido». Bernard volvió a doblar la carta. Era del mismo formato que las otras doce del paquete. Iban atadas con una cintita rosa; como no había

tenido que deshacer el nudo, la deslizó sobre el fajo de hojas para que quedase como antes. Y el fajo lo puso otra vez en la arquilla, y la arquilla dentro del cajón de la consola. El cajón no estaba abierto; había brindado su secreto por arriba. Bernard volvió a encajar las tablas de la tapa de madera del mueble, que había separado; sobre ella iba una pesada encimera de ónice. La colocó despacio, con mucho cuidado; puso encima dos candelabros de cristal y el aparatoso reloj de sobremesa que acababa de entretenerse en reparar.

El reloj dio las cuatro. Lo había puesto en hora.

«El señor juez de instrucción y su hijo, el señor abogado, no regresarán antes de las seis. Tengo tiempo. El señor juez, al volver, debe encontrar encima de su escritorio la estupenda carta en que voy a comunicarle que me marcho. Pero antes de escribirla siento una necesidad tremenda de ventilar un poco las ideas y de ir a ver a mi querido Olivier para asegurarme, al menos de forma provisional, un palo donde posarme. Olivier, amigo mío, ha llegado el momento de que ponga a prueba tu buena voluntad y me demuestres lo que vales. Lo bueno que tenía nuestra amistad es que, hasta ahora, ninguno de los dos había recurrido nunca al otro. ¡Bah! Un favor divertido de hacer no puede ser fastidioso de pedir. La lata es que Olivier no estará solo. ¡Qué se le va a hacer! Ya me las apañaré para llevármelo aparte. Quiero que mi serenidad lo deje espantado. En los acontecimientos extraordinarios es donde resulto más natural». La calle de T., en donde Bernard Profitendieu había vivido hasta entonces, se halla muy cerca de los jardines de Luxemburgo. Allí, cerca de la fuente Médicis, en ese paseo que está a un nivel superior, solían reunirse todos los miércoles, entre cuatro y seis, algunos de sus compañeros. Hablaban de arte, de filosofía, de deporte, de política y de literatura. Aunque Bernard andaba muy deprisa, nada más cruzar la verja del jardín vio a Olivier Molinier y, en el acto, aflojó el paso.

Aquel día, el grupo era más nutrido que de costumbre, debido, sin duda, a la bonanza del tiempo. Se habían sumado algunos a quienes Bernard no conocía aún. Todos aquellos jóvenes, en cuanto se hallaban en presencia de los demás, interpretaban un papel y perdían casi por completo la espontaneidad.

Olivier se ruborizó al ver que se acercaba Bernard y, apartándose con bastante brusquedad de una joven con la que charlaba, se alejó. Bernard era su amigo más íntimo y Olivier, en consecuencia, se esmeraba mucho en que no pareciera que lo andaba buscando; es más, a veces llegaba a fingir que no lo había visto.

Antes de reunirse con él, Bernard tuvo que pasar por varios grupos y, puesto que él también hacía como que no buscaba la compañía de Olivier, se entretuvo con ellos.

Cuatro compañeros suyos rodeaban a un individuo menudo y con barba y lentes de pinza, claramente mayor que ellos, que llevaba un libro en la mano. Era Dhurmer.

—¿Qué quieres que te diga? —exclamaba, dirigiéndose en concreto a uno de los componentes del grupo, pero manifiestamente encantado de que todos los demás lo oyeran—. He llegado hasta la página treinta sin dar ni con un toque de color, ni con una palabra que describa como si pintara. Habla de una mujer; ni siquiera sé si llevaba un vestido rojo o azul. Cuando no hay colores, pues la cosa es muy sencilla, no veo nada.

Y, por necesidad de exagerar, tanto más cuanto que notaba que no lo tomaban demasiado en serio:

—Lo que se dice nada de nada.

Bernard no escuchaba aquella perorata; le parecía descortés apartarse demasiado pronto, pero ya estaba atendiendo a lo que decían otros, que discutían a su espalda y con los que se había reunido Olivier tras separarse de la joven; uno de estos, sentado en un banco, leía *L'Action Française*.

¡Qué serio parece Olivier Molinier entre todos ellos! Aunque es uno de los más jóvenes. El rostro, casi infantil aún, y la mirada revelan cuán precoz es su pensamiento. Se ruboriza con facilidad. Es tierno. Por mucho que se muestre afable con todos, no sé qué oculta reserva, o qué pudor, mantiene a distancia a sus compañeros. Padece por ello. Sin Bernard, padecería aún más.

Molinier había participado por un momento, como hace ahora Bernard, en todos los grupos, por amabilidad, pero nada de lo que oye le parece interesante.

Se inclina para mirar por encima del hombro del lector y Bernard, sin volverse, lo oía decir:

—Haces mal en leer periódicos; te pones congestionado.

El otro repuso con voz agria:

—Tú, en cuanto se menciona a Maurras<sup>[1]</sup>, te pones verde.

Oyó, luego, a un tercer interlocutor preguntar con tono socarrón:

—¿A ti te parecen entretenidos los artículos de Maurras?

El primero repuso:

—Me parecen una tabarra, pero creo que tiene razón.

Habló luego otro más, cuya voz no le sonaba a Bernard:

—Tú a todo lo que no te resulta un latazo te crees que le falta profundidad.

El primero replicó:

—¡Si te crees que para tener gracia basta con ser tonto!

—Ven —le dijo en voz baja Bernard a Olivier cogiéndolo con brusquedad por el brazo. Y se lo llevó unos cuantos pasos más allá—; contesta en seguida que tengo prisa. Me dijiste que no dormías en la misma planta que tus padres, ¿verdad?

—Te enseñé la puerta de mi cuarto; da directamente a la escalera, media planta antes de llegar a nuestro piso.

—¿Me dijiste que tu hermano también dormía ahí?

—Georges, sí.

—¿Estáis solos los dos?

—Sí.

—¿El niño sabe tener la boca cerrada?

—Si hace falta, sí. ¿Por qué?

—Mira, me he ido de casa; o al menos, pienso irme esta tarde. Todavía no sé adónde ir. ¿Puedes alojarme por una noche?

Olivier se puso muy pálido. Estaba tan impresionado que no podía mirar a Bernard.

—Sí —dijo—; pero no vengas antes de las once. Mamá baja todas las noches a despedirse y nos cierra la puerta con llave.

—Pero entonces...

Olivier sonrió:

—Tengo otra llave. Llama flojito para que, si Georges está ya durmiendo, no se despierte.

—¿Me dejará pasar el portero?

—Lo avisaré. Nos llevamos muy bien. Él fue quien me dio la otra llave. Plasta luego.

Se separaron sin estrecharse la mano. Y, mientras Bernard se alejaba, pensando en la carta que quería escribir y que el magistrado debía encontrarse al volver, Olivier, que no quería que vieran que solo se quedaba aparte con Bernard, fue a buscar a Lucien Bercail, a quien los demás daban un poco de lado. Olivier le tenía mucho afecto, aunque prefiriera a Bernard. Lucien es tan tímido como Bernard emprendedor. Se nota que es débil, parece no existir más que con el corazón y el pensamiento. Pocas veces se atreve a tomar la iniciativa, pero se vuelve loco de alegría en cuanto ve que se le acerca Olivier. Todos sospechan que Lucien escribe versos; pero estoy casi seguro de que a Olivier es al único a quien Lucien revela sus proyectos. Ambos fueron hasta el borde de la terraza.

—Lo que me gustaría —decía Lucien— sería contar la historia no de un personaje, sino de un sitio, mira, por

ejemplo, de un paseo de este parque, igual que este, contar lo que sucede en él, desde por la mañana hasta por la noche. Primero vendrían niñeras, amas de cría con lazos... No, no... primero gente muy gris, sin sexo ni edad, para barrer el paseo, regar la hierba, cambiar las flores, es decir, el escenario y el decorado, antes de que abrieran las verjas, ¿entiendes? Y luego llegan las amas de cría. Chiquillos que hacen flanes de arena y se pelean; las niñeras les dan cachetes. Luego, salen de clase los niños de primaria. Y después llegan las operarias. Hay pobres que vienen a comer en un banco. Algo más tarde, jóvenes que se buscan, y otros que se rehúyen; y otros que se quedan aislados, los soñadores. Y, después, el gentío, a la hora de la música y cuando cierran las tiendas. Estudiantes, como ahora. A última hora de la tarde, amantes que se besan; y otros que se separan llorando. Por fin, al caer la noche, una pareja mayor... Y, de pronto, un redoble de tambor: van a cerrar. Todo el mundo se va. Se acabó la representación. ¿Te das cuenta? Algo que diera la impresión de que todo se acaba, de la muerte... pero sin mencionar la muerte, claro.

—Sí, lo veo muy claro —dijo Olivier, que estaba pensando en Bernard y no había escuchado ni una palabra.

—¡Y eso no es todo, y eso no es todo! —añadió Lucien con apasionamiento—. Me gustaría, en algo así como un epílogo, mostrar ese mismo paseo de noche, cuando todo el mundo se ha ido, desierto, mucho más hermoso que durante el día; entre el hondo silencio, la exaltación de todos los ruidos naturales: el ruido de la fuente, del viento en las hojas, y el canto de algún pájaro nocturno. Primero pensé en que pasasen sombras, estatuas quizá... pero creo que quedaría más trivial. ¿Qué te parece?

—No. ¡Nada de estatuas, nada de estatuas! —protestó distraídamente Olivier.

Luego, al ver la mirada triste de Bercaïl, exclamó con entusiasmo:

—Mira, chico, si lo consigues, te quedará algo formidable.

## II

No hay rastro, en las cartas de Poussin, de que sintiera obligación alguna para con sus padres. Nunca, a continuación, mostró pesadumbre por verse alejado de ellos. Se fue voluntariamente a Roma, perdió todo deseo de regresar e incluso, podría decirse, todo recuerdo.

PAUL DESJARDINS,  
*Poussin*

El señor Profitendieu tenía prisa por volver a casa y le parecía que su colega Molinier, que lo acompañaba por el bulevar de Saint-Germain, andaba muy despacio. Albéric Profitendieu acababa de tener en el Palacio de Justicia un día de lo más atareado: notaba con preocupación cierto peso en el costado derecho; con el cansancio se le resentía el hígado, del que padecía un poco. Pensaba en el baño que iba a darse; nada lo descansaba más de las preocupaciones del día que un buen baño. Y, en previsión de eso, no había merendado, pues estimaba que no resulta prudente meterse en el agua, incluso en agua tibia, más que con el estómago vacío. Bien pensado, quizá fuera solo un prejuicio; pero los prejuicios son los pilares de la civilización.

Oscar Molinier apretaba el paso cuanto podía y se esforzaba por seguir a Profitendieu, pero era mucho más bajo que él y de menor desarrollo crural; además tenía el corazón un poco acolchado de grasa y perdía el resuello con facilidad. A Profitendieu, aún juvenil a los cincuenta y cinco años, magro de tórax y de paso vivo, le habría gustado dejar plantado a Molinier, pero respetaba mucho las conveniencias; su colega era de mayor edad y ocupaba un puesto más elevado en la carrera judicial: le debía respeto. Te-

nía, además, que hacerse perdonar su fortuna, que desde que habían fallecido los padres de su mujer era considerable, mientras que el señor Molinier no contaba más que con su sueldo de presidente de sala, unos haberes irrisorios y sin proporción alguna con el importante cargo que desempeñaba con una dignidad tanto mayor cuanto que era paliativo de su mediocridad. Profitendieu disimulaba la impaciencia; se volvía hacia Molinier y miraba cómo se enjugaba el sudor; por lo demás, lo que le estaba contando Molinier le resultaba muy interesante, pero no tenían el mismo punto de vista y la conversación iba subiendo de tono.

—Mande vigilar la casa —decía Molinier—. Hágase con los informes del portero y de la criada falsa, todo eso está muy bien. Pero tenga cuidado porque, en cuanto avance un poco en la investigación, el caso se le irá de las manos... Quiero decir que existe el riesgo de que lo arrastre a usted mucho más lejos de lo que pensaba al principio.

—Esas preocupaciones no tienen nada que ver con la justicia.

—¡Vamos, vamos, amigo mío! Bien sabemos usted y yo lo que debería ser la justicia y lo que es. Hacemos cuanto podemos, de acuerdo; pero, por muy bien que lo hagamos, solo llegamos a aproximaciones. Este caso al que se dedica usted ahora es especialmente delicado: de quince inculpados, o que podrían verse inculpados mañana mismo en cuanto abra usted la boca, hay nueve menores. Y ya sabe que esos niños son hijos de familias honorabilísimas. Por eso considero que, en el presente caso, la mínima orden de detención sería una notable torpeza. Los diarios partidistas se apoderarán del asunto y abre usted la puerta a todo tipo de chantajes y difamaciones. Por mucho que lo intente y por mucha prudencia que le eche no podrá impedir que salgan a relucir nombres propios... No soy quién para darle consejos y ya sabe que, de mucho mejor grado, los recibiría de usted, pues siempre he reconocido y valorado mu-

cho la elevación de sus puntos de vista, su lucidez, su rectitud... Pero yo, en su lugar, haría lo siguiente: buscaría la forma de poner fin a este abominable escándalo echando el guante a los cuatro o cinco instigadores... Sí, ya sé que es difícil hacerlo, pero, qué demonios, ese es nuestro oficio. Mandaría cerrar el piso que es escenario de esas orgías y me las compondría para avisar a los padres de estos granujillas, sin subir el tono y en secreto, sencillamente para evitar reincidencias. ¡A las mujeres, eso sí, métalas en la cárcel! En eso estoy de acuerdo. Me da la impresión de que nos las tenemos que ver, en esto, con unas cuantas mujercuelas de perversidad insondable de las que conviene librar a la sociedad. Pero, se lo repito, no detenga a unos niños; límitese a asustarlos y luego tápelo todo con la etiqueta «comportamiento irreflexivo» y que les dure mucho tiempo el asombro de salir bien parados y solo con el susto. Piense que tres de ellos no han cumplido aún los catorce años y que es muy probable que sus padres los tengan por ángeles de pureza e inocencia. Por cierto, mi querido amigo, vamos a ver, ¿por ventura pensábamos ya nosotros en mujeres a esa edad?

Se había detenido, más jadeante por la elocuencia que por la caminata, y, agarrando a Profitendieu por la manga, lo obligó a detenerse también.

—O, si pensábamos en ellas —siguió diciendo—, era de una forma ideal, mística, piadosa si se me permite decirlo. Estos niños de hoy, mire usted, estos niños no tienen ya ideales... Por cierto, ¿cómo están sus hijos? Por supuesto que nada de lo que he dicho tiene que ver con ellos. Bien sé que bajo la vigilancia de usted y merced a la educación que les ha dado no es de temer que se descarríen de esa forma.

Cierto era que a Profitendieu, hasta el momento, sus hijos varones no le habían dado sino motivos de satisfacción; pero no se hacía ilusiones; la educación más esmerada no prevalecía ante los malos instintos. Sus hijos, a Dios gracias,